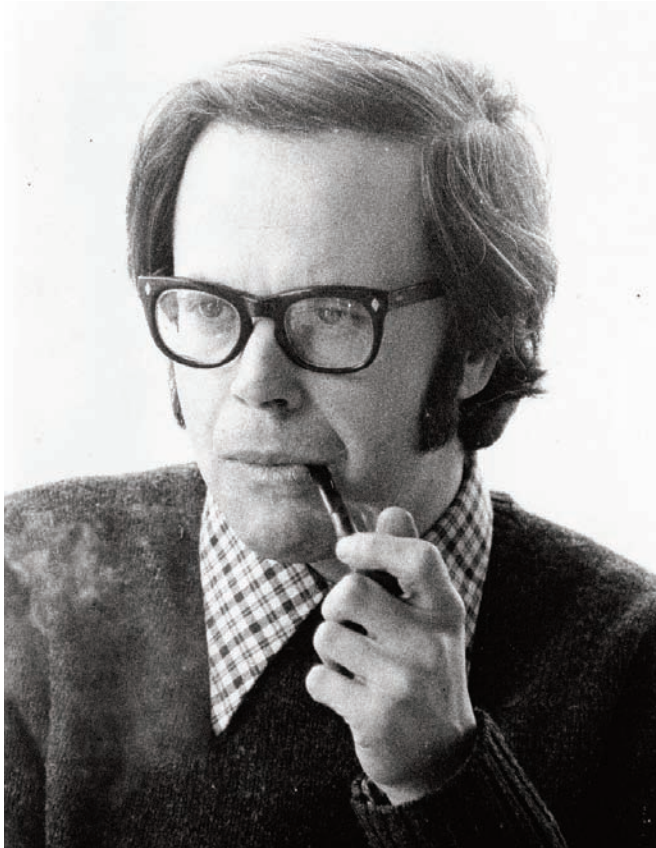


Ricardo Doménech

in memoriam



RICARDO DOMÉNECH

El pasado 10 de noviembre falleció Ricardo Doménech. Resulta imposible compendiar una tarea como la suya, apasionada y apasionante. “(...) Si en la actualidad Buero Vallejo ocupa el lugar de privilegio que por derecho le corresponde en la historia de nuestro teatro, se debe, entre otros, a los estudios de Ricardo Doménech, que siguen siendo fundamentales medio siglo después de su publicación, así como tampoco es ajena a su labor crítica la actual valoración de Valle Inclán, a quien todavía hace poco se consideraba un buen estilista poco dramático. Si el teatro de Alberti, de Max Aub, de José Ricardo Morales, no cayó en el olvido se debe, muy en primer lugar, a su insistencia, incluso en los momentos más difíciles, en mantener viva la memoria del exilio”, ha señalado Fernando Doménech.

Catedrático de Dramaturgia, director de la RESAD y director fundador de la revista Acotaciones, estimó la RESAD hasta la última de sus clases.

ITZIAR PASCUAL

EL LIBRO Y EL DESIERTO

Como ha contado su hija Julia, poco antes de morir Ricardo Doménech le pidió al médico que le estaba tratando que llevara a cabo una difícil operación a la que el propio doctor se negaba. Era demasiado arriesgada, decía, y sólo iba a proporcionarle más dolor. “Lo que yo necesito son tres meses más para terminar el libro”, insistía él, y el médico, atónito, preguntó: “¿y tanto dolor por un libro?”. Quiero pensar que en ese momento Ricardo se echaría a reír; sabía muy bien lo que cuesta alumbrar un buen libro porque llevaba toda la vida haciéndolo él y enseñando a hacerlo a los demás. Sé muy bien lo que me digo: yo estaba a punto de tirar la toalla con mi primera obra, hace ya veinticinco años, cuando aquel profesor de dramaturgia a quien acababa de conocer y que no tenía mayores razones para confiar en mí, literalmente me obligó a terminarla. Ricardo Doménech pertenece a una especie desconocida para el gran público pero esencial para la profesión teatral, y acaso para cualquier otra: la de aquellos que, como investigadores, como profesores, como gestores, desbrozan el terreno para que luego pasen los demás con comodidad. Un poco como los héroes melancólicos de *western* que, al final de la película, y después de haberse jugado el pellejo, se hacen a un lado y contemplan, desde lejos, la civilización que gracias a ellos va a construirse en aquel rincón del desierto donde, hasta entonces, sólo había sed, coyotes y forajidos. Ri-

cardo, que cojeaba no por el peso del revólver sino como resultado de una polio, cruzó unos cuantos desiertos armado de libros y de paciencia en un país que se reía de la idea de que el teatro fuera una cosa seria y merecedora de estudio. Como Cable Hogue, aquel memorable bribón inventado por Peckinpah, olfateaba el agua allí donde otros no veían más que piedras. Hoy hay una generación de dramaturgos jóvenes y poderosos (Paco Bezerra, José Manuel Mora, Lucía Vilanova, Lola Blasco, ¡tantos otros!) que ha podido desarrollar su talento porque un día Ricardo y otros de su raza decidieron cargarse a las espaldas la aventura de llevarle la contraria a los tiempos y dignificar la enseñanza del teatro. En el tanatorio, esta mañana, contemplé durante un rato sus restos: se había quedado extremadamente delgado, casi transparente. Luego me vino a la cabeza una idea feliz: el responsable de la delgadez no era la enfermedad sino el hecho de que había dejado tanto de sí en tanta gente que apenas se había guardado nada para él. Es una manera hermosa de perdurar.

IGNACIO GARCÍA MAY